

Lo que no vio Fleming

Víctor Andrés Parra Avellaneda

LO QUE NO VIO FLEMING



Víctor Andrés Parra Avellaneda

Capítulo 1

LO QUE NO VIO FLEMING

I

Que desagradable hubiera sido toparse con ese tipo de seres hace más de 100 años, cuando proliferaban y asaltaban las casas, las calles, las escuelas, los basureros y principalmente los restaurantes. Nadie estaba a salvo de su omnipresencia: eran odiados y repudiados por su abrupta intromisión en los momentos más delicados de la vida social. Aparecían sin advertir entre la tranquilidad de las pláticas, entre las caminatas por el parque, entre la lectura de un libro en el transporte urbano; se manifestaban sin que nadie lo notara, salían de los entornos más oscuros, ruines, sucios y repugnantes de todo rincón poblado y se abalanzaban acérrimamente sobre las indefensas personas; las atacaban de improviso, las aturdían, iban bruscamente sobre la nuca, sobre los oídos, sobre los brazos, sobre la nariz y sobre los ojos. Nadie escapaba de estas constantes agresiones.

El diálogo era inútil, era perder el tiempo, era algo innecesario, propio de necios y opacado por los vituperios, maldiciones y estériles ademanes defensivos que pretendían evitar la profanación de sus cuerpos. Sus manos sucias manchaban su piel, ultrajaban su ropa y luego se iban; se fugaban entre el viento, dejándolo a uno desorientado e impotente sin lograr hacer nada, sabiendo que posiblemente a la vuelta de la esquina nuevamente sería asaltado por aquel gran compendio de despreciables criaturas ínfimas de la categoría humana. Tenían miles de ojos amenazantes e indiferentes, cabezas pelonas, bocas llenas de viscosa baba rabiosa. Nadie podía hacer nada, solamente resignarse a los constantes asaltos dentro de un entorno tan sucio y lleno de podredumbre.

Estos hechos ahora eran simples anécdotas curiosas de un pasado transfigurado y olvidado.

II

El hongo imponente que se erigió como la mayor arma de destrucción se transformó en leyenda, era ya una broma para los enemigos de la humanidad, quienes no sufrían ningún daño. La guerra estaba a la vuelta de la esquina y se hizo inminente la muerte de miles de personas que seguían ingiriendo la pastilla milagrosa, que en las excretas pasaba inalterada hacia el agua y del agua a la tierra y de la tierra a los alimentos.

Con la prohibición de los pesticidas tradicionales se emplearon los servicios de estos monstruos. Al inicio su efectividad contra las plagas fue exitosa, pero pronto se comprendería este nefasto error. ¿Quién hubiera pensado que estas bacterias diseñadas para matar plagas desarrollarían resistencia a los remanentes de antibióticos disueltos en el ambiente y en la biomasa?; esto era comprensible. Las bacterias, como todos los seres vivos, cambian ante el estrés de su ambiente, cambian su genética por medio de diversos procesos de intercambio genético como son la transformación, transducción y conjugación. En las aguas contaminadas este proceso sucedía entre miles de patógenos distintos, que se dispensaron con genes codificantes de la resistencia a los antibióticos.

Los insectos, que se alimentaban de las cosechas, sucumbían ante la infección del pesticida bacteriano; después, la bacteria mutó e infectó a diversos pájaros y mamíferos. De matar a un insecto en particular, el microorganismo terminó por convertirse en un peligroso agente infeccioso en más de 15,000 especies distintas.

Se estimó que habría 10 millones de muertes anuales causadas por bacterias multi-resistentes, sin embargo, la realidad es que la mortandad fue de 35 millones. La razón de este error fue no contemplar el descongelamiento del permafrost circumpolar, que liberó al ambiente gran cantidad de virus y bacterias con una antigüedad mayor a 11,000 años. Los seres humanos y muchos otros animales carecían de defensas inmunológicas que enfrentaran estos agentes patógenos completamente desconocidos.

Fue preciso investigar y aplicar el uso de bacteriófagos diseñados en laboratorios, como alternativa a los antibióticos tradicionales. El gran problema de estos virus es su alta especificidad con las bacterias a las que infectan, es decir, que solo infectan a una en particular; es por ello que cuando se terminaba por diseñar un fago, la bacteria diana mutaba y engendraba una progenie totalmente distinta, el fago no tenía efecto ya. El problema principal era que había más bacterias desconocidas que el número de fagos diseñados para atacarlas. Ya no había control alguno.

III

La guerra del siglo XXI no fue por el agua. Para invadir a un país se argumentaba la existencia de mantos acuíferos contaminados con microorganismos pan-resistentes, lo cual significaba un enorme riesgo de contagio a otros países. Pero, ¿qué saben realmente los militares sobre los mecanismos de la adaptabilidad bacteriana? La destrucción que causaron las guerras propiciaron y aumentaron la incidencia de enfermedades infecciosas, solo basta recordar las epidemias que se produjeron tras la primera y segunda guerra mundial.

Actualmente antibiótico se ha vuelto una palabra casi maldita y odiada, al igual que el nombre de Alexander Fleming. Para no infectarnos portamos máscaras que protegen nuestra cara y vestimos una ligera pero resistente túnica de grafeno que nos aísla del contacto directo con el medio y evita que se produzcan cortes y subsecuentemente infecciones; por ende, ya no se consumen antibióticos, son completamente ineficientes. Cuidamos de no infectarnos con alguna lesión comprometedora. En cuanto a la alimentación, consumimos suplementos nutricionales artificiales altamente purificados.

IV

De repente dejo de pensar en todo esto, frente a mi sucede algo insólito: uno de esos seres desagradables que mencioné al inicio de este relato aparece fortuitamente. Voy rápido por mi cámara fotográfica y logro capturar la imagen de una mosca que se ha posado en mi escritorio. Este insecto es un animal rarísimo de encontrar, pues se presume extinto por la pandemia bacteriana de hace varias décadas.

Mientras que antes las moscas eran vistas como seres desagradables, ahora ver una se ha vuelto sinónimo de buen augurio; son bichos admirados, halagados por su belleza: las personas dejan de hacer sus actividades con el fin de poder contemplar este ser alado con vuelo aleatorio. Esto me hace recordar la ocasión en la que estuve dentro de las alcantarillas de una ciudad abandonada, iba junto a varias personas en una excursión de observación de cucarachas, recuerdo bien que vimos a unas 15 en las paredes de las cloacas, las sostuvimos con la mano, les tomamos fotografías e incluso pudimos alimentarlas. Aquel fue un momento hermoso que permitió conectarme con la naturaleza.